**SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR**

**S.A.I. Catedral, 25 de diciembre de 2017**

Es propio de este día de Navidad entonar un cántico nuevo porque de María Virgen nos ha nacido el Salvador, el Mesías, el Señor. El Nacimiento de Jesucristo no es un hecho o un suceso más de la historia de la humanidad. Es un acontecimiento único e irrepetible que cambió “las edades del mundo”. Dios, en su infinita bondad decidió rescatar al hombre del hoyo en el que el pecado de Adán le había metido. Podría haberlo hecho de muchas maneras porque Él es omnipotente. Pero quiso hacerlo enviando a su Verbo, a su Palabra, a este mundo. Envía el Verbo que existía desde el principio, que estaba junto a Dios, el Verbo que era Dios. Es el Verbo por el que se hicieron todas las cosas creadas porque este Verbo es la vida, la luz, la verdad, el amor.

El Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros y derramó sobre toda la humanidad gracia tras gracia para que el hombre pueda alcanzar la gloria de Dios que es su meta y destino. El Verbo, que es el Hijo de Dios, capacita a los que creen en Él para ser adoptados como hijos de Dios. Este sencillo relato que acabamos de escuchar hoy en el prólogo del evangelio de San Juan explica adecuadamente por qué hoy, fiesta del Nacimiento del Señor, cantamos un cántico nuevo. El cántico nuevo hace referencia a la perfección, a la plenitud, a la solemnidad. Todo esto está contenido en el significado de este día para la humanidad.

Hoy es el día de la perfección porque con el Nacimiento de Cristo se inauguran los tiempos mesiánicos: aquellos que los profetas anunciaban como tiempos de perfecta armonía, llenos de paz y de justicia y cuyos relatos hemos escuchado en las lecturas propias del tiempo litúrgico del Adviento: “Que en sus días florezca la justicia y la paz abunde eternamente… Él librará al pobre que clama, al afligido que no tiene protector; él se apiadará del pobre y del indigente, y salvará la vida de los pobres”*.* La venida del Mesías abre caminos nuevos a la humanidad para encontrar la perfección y realizarla por medio del amor y de la justicia. Ese amor mesiánico está ya transformando el mundo hacia la perfección final. Se extiende por toda la tierra allí donde hay un cristiano consciente de haber recibido, por el bautismo y la confirmación, el amor divino. El cristianismo ha perfeccionado las leyes haciéndolas más justas y más humanas. Ha perfeccionado la convivencia y la justicia social indicando el recto camino que nos conduce a la justicia y a la paz.

Hoy es el día de la plenitud de la historia. A partir del Nacimiento de Cristo, la humanidad cuenta sus días. En el Nacimiento de Cristo se estableció el punto central de la historia de la humanidad. Hacia el día de hoy miraban los que nacieron antes de Cristo y al día de hoy miramos los que hemos nacido posteriormente. Cristo es el centro del tiempo, su Dueño y Señor, Alfa y Omega, Principio y Final. Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre. Su omnipresencia en la historia de la humanidad se manifiesta como figura en el Antiguo Testamento, como acontecimiento en el Nuevo Testamento y como Sacramento en la Iglesia. La vida de los patriarcas y de los profetas del pueblo de Israel fue una figura, un anticipo de la vida de Cristo. Y así Jesús es considerado como el nuevo Moisés y el profeta Nazaret.

La vida de Jesús se nos revela desde el día de su Nacimiento hasta su muerte en la cruz y su resurrección como el acontecimiento que más influencia ha tenido en la historia de la humanidad. Es un acontecimiento que inaugura un mundo nuevo, una nueva forma de relacionarse entre las personas, una nueva forma de vivir basada en el Espíritu de modo que los que creemos en Cristo no vivimos ya para este mundo sino para Él que nos trae la vida nueva, el mundo nuevo, el cielo nuevo.

El acontecimiento histórico del Nacimiento de Cristo trasciende la historia porque el protagonista no es el hombre sino Dios mismo que se revela y actúa recreando de nuevo el mundo que había sido creado por el Verbo. Hasta tal punto trasciende el tiempo que hoy, ese acontecimiento se hace realidad aquí y ahora. El mismo Hijo de Dios que nace en Belén y muere en la cruz; resucitado y glorioso nos visita en la Palabra que hemos proclamado y en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre que estamos celebrando. Por pura gracia de Dios nosotros, sin mérito propio, somos tan privilegiados como lo fueron la Virgen María, San José, los pastores y los Magos de Oriente en el portal de Belén. Porque también nosotros podemos adorar a Cristo y buscarle guiados por la estrella de la fe.

Hoy es el día de la solemnidad, es decir, de la contemplación del Misterio de Dios hecho hombre. Una solemnidad que se manifiesta en la belleza del canto, de la acción litúrgica y en el amor fraterno. Solemne es aquel día que nos cambia la vida para bien. La Navidad de este año no puede dejarte indiferente como te ha dejado la de tantos años. Hoy el Señor te llama para que le adores y le alabes con tu cántico nuevo, es decir, con tu voluntad de buscar en todo lo que haces la perfección y la plenitud. Tal día como hoy Paul Claudel, en el año 1886 entró por curiosidad en la Catedral de Notre Dame de París y al escuchar el canto del Magnificat tuvo, dice él, “el sentimiento lacerante de la eterna infancia de Dios” y exclamó: “¡Sí, es cierto, es cierto! Dios existe. ¡Está aquí. Es Alguien, es un ser personal como yo! Me ama, me llama”. Más tarde escribió este momento con estas palabras: “sentí que entraba en mi toda la fe de la Iglesia”. ¿Por qué no puede ocurrirte hoy esto mismo a ti y a mí?

A pesar de que todavía existe imperfección en muchos lugares del mundo porque las guerras, el terrorismo, la injusticia, la corrupción, la desunión y tantos otros males que gravitan sobre la humanidad; los creyentes podemos afirmar que “los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios” y por eso cantamos solemnemente un cantico nuevo: el cántico del amor fraterno que Jesús nos enseñó.

El Verbo que se hizo carne era la luz del mundo; pero las tinieblas no lo recibieron y siguen sin recibirlo hasta que vuelva de nuevo y entonces todo se someterá a su poder y gloria como nos dice el apóstol san Pablo. Mientras tanto nos encarga a nosotros, sus discípulos, enseñar a los hombres de nuestro tiempo a cantar el cántico nuevo de la paz, la justicia, la verdad y la gracia. Es difícil armonizar la convivencia social de todos los hombres porque cada uno quiere tocar el instrumento de su propio egoísmo sin tener en cuenta las necesidades de los demás; pero no es imposible porque tenemos a María, ella nos dirige con su canto para que proclamemos las grandezas del Señor que derriba del trono del egoísmo a los ricos y enaltece la humildad de los pobres. ¡Qué bien aprendió María el nuevo canto de la Navidad! ¡Sigamos su canto!

† Juan Antonio, obispo de Astorga